

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 419.

MADRID 21 DE MARZO DE 1844.

Segunda serie



LA PIEL DE ZAPA.

SEGUNDA PARTE.

—¡Eso es imposible! gritó Emilio.

—Así he vivido por espacio de tres años consecutivos, repuso Rafael con cierta especie de arrogancia; y sino verás como ajustamos la cuenta. Tres sueldos de pan, dos de leche, y tres de tocino, eran sobrado para no morir de hambre y para conservar mi espíritu en un estado de lucidez prodigiosa. Bien sabes que he observado los mágicos efectos que en la imaginación produce la dieta.

Mi habitación me costaba tres sueldos diarios: otros tres la luz que gastaba por la noche: yo me lo arreglaba todo: gastaba camisas de franela para que el lavado no me costara más que dos sueldos al día. Me calentaba con carbon de piedra, cuyo coste dividido en los días del año, jamás excedió de dos sueldos en cada uno: por último tenía ropa y calzado para tres años sin necesidad de recurrir á sastres, ni á zapateros, pues no acostumbraba á vestirme sino para asistir á algunas cátedras y á las bibliotecas.

Sumados todos estos gastos ascienden á 18 sueldos: aun me sobraban dos para gastos imprevistos. Mas en todo este largo periodo no me acuerdo de haber cruzado el puente de las Artes, ni de haber comprado jamás agua. Iba por las mañanas á buscar la que me hacía falta á la plaza de San Miguel. ¡Oh! te aseguro que llevé mi pobreza con orgullo. Un hombre que columbra en lontananza un porvenir magnífico, camina entre sus miserias como un inocente hácia el cadalso; sin ruborizarse.

No había previsto el caso de caer enfermo, pero no me aterraba la idea de ser conducido á un hospital, sucediéndome lo que á Aquilina. No dudé ni por un instante de mi salud robusta. El que es pobre no cae en cama sino para exhalar el postrer suspiro.

Me corté yo mismo el pelo hasta que un ángel de amor y de bondad.... Mas no quiero anticipar cosa alguna á la situación que me toca referirte.

Sabe solo, caro amigo, que á falta de dama, vivi con una ilusión pomposa con un delirio, con una mentira en que todos creemos en cierta época con más ó menos fé. Hoy me río de esa vana quimera.



Vistos de cerca el mundo, la sociedad, nuestros usos, nuestras costumbres, me han revelado el peligro de mi creencia inocente, y la superfluidad de mis continuos afanes. Todo eso es un estorbo para el ambicioso. Conviene ir aiviado de peso cuando se corre en pos de la fortuna, y el defecto inherente á los hombres superiores consiste en mal gastar sus juveniles años en hacerse dignos de ella. Mientras ellos guardan como un tesoro sus fuerzas y su sabiduría para sostener en su tiempo sin fatiga un poder futuro, cada vez más lejano, los intrigantes, ricos de palabras y desprovistos de ideas, van y vienen, sorprenden á los tontos y se ingieren en la confianza de los semi-bobalicones. De este modo estudian los unos y caminan los otros; unos son modestos, otros atrevidos: el hombre de genio disimula su orgullo: el intrigante lo ostenta: necesariamente debe alcanzar este la victoria. Tienen los hombres del poder tal necesidad de creer en el mérito consumado, en el talento, en el talento sin máscara, que es una niñería en el verdadero sabio aguardar recompensas humanas. No trato de parafrasear las vulgaridades de la virtud, el cantar de los cantares perpetuamente entonado por las gentes que no salen de la comun esfera, sino de deducir lógicamente la razón de las frecuentes victorias alcanzadas por las medianias.

No obstante, el estudio es tan maternalmente bueno, que es crimen solicitar de él más recompensas que los puros y dulces goces con que alimenta á sus hijos. Recuerdo de haber comido un pedazo de pan con leche entre delicias y contentos, sentado á mi reja, respirando el aire del cielo, dejando caer mis miradas sobre un paisaje de cenicientos y rojizos tejados, ya de tejas ó de pizarras, cubiertos de verde ó amarillo musgo.

Si al pronto me pareció monótona aquella perspectiva no tardé en descubrir en ella singulares bellezas. Ya tenían y animaban por la noche las profundas sombras de aquel paisaje luminosos rayos que partían de algunas vidrieras y se cerraban. Ya el pálido fulgor de los faroles proyectaba desde abajo amarillentos reflejos á través de la niebla, iluminando débilmente las calles entre las ondulaciones de aquellos comprimidos tejados, océano de inmóviles olas. A veces aparecían raras figuras en medio de aquel lúgubre desierto. Ya descubría entre las flores de un jardín aéreo el perfil anguloso y engarabado de una vieja regando un tiesto de capuchinas: ó ya á alguna joven peinándose en la ventana de su boardilla, creyéndose sola, y de la cual solo alcanzaban mis ojos la hermosa cabeza y los largos cabellos sostenidos por un brazo de deslumbradora blancura. Admiraba en los canelones algunas vegetaciones efímeras, pobres yerbas destinadas á morir en la primera borrasca. Estudiaba las propiedades del musgo, sus colores reanimados por la lluvia, y que bajo el influjo del sol se transformaban en matices aterciopelados caprichosos. En fin los poéticos y cambiantes resplandores del día, lo triste de la niebla, la repentina aparición del sol, el silencio, la magia de la noche, los misterios de la aurora, el humo de las chimeneas, todo me hacía profunda impresión, y mi imaginación se había familiarizado enteramente con todos los accidentes de aquella singular naturaleza. Apetecía mi encarecimiento, tal vez porque era voluntario. Aquellas sábanas de París formadas por el nivel de los tejados que cubrían poblados abismos se avenían con mis sentimientos, y se armonizaban con mis ideas. No hay cosa más enojosa que hallarse de repente en el mundo cuando descendemos de las alturas celestes donde nos arrebatan nuestras meditaciones científicas: entonces concebí maravillosamente la desnudez de los monasterios.

